

CIEGO EN GAZA

ALDOUS HUXLEY

CIEGO EN GAZA



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Eyeless in Gaza*

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far
Imagen de cubierta: iStockphoto

Primera edición: junio de 2017

© Mrs. Laura Huxley 1936
Published by arrangement with Georges Borchardt, Inc.
and International Editors Co.

© de la traducción: Carlos Manzano, 2017

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Diputación, 262, 2ª 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-0925-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 9858-2017

Impreso en España

Capítulo primero

30 DE AGOSTO DE 1933

Las instantáneas se habían vuelto casi tan mortecinas como los recuerdos. Aquella joven que aparecía en un jardín al final del siglo era como un espectro al amanecer. Anthony Beavis reconoció a su madre, un año o dos –tal vez sólo un mes o dos– antes de que muriera, pero la moda –pensó–, mientras miraba fijamente el fantasma de color castaño, es un arte decorativo, como el de la jardinería ornamental. ¡Esas caderas en forma de cisne! ¡Ese pecho en cascada, sin la menor relación aparente con el cuerpo desnudo bajo él! ¡Y todo ese pelo, como una deformidad ornamental en el cráneo! En 1933 parecía en verdad horrenda y repelente y, sin embargo, si cerraba los ojos (como no pudo por menos de hacer), podía ver a su madre lánguidamente hermosa en su *chaise-longue* o jugando, ágil, al tenis o planeando como un ave por el hielo de un invierno lejano.

Lo mismo ocurría con las instantáneas de Mary Amberley, tomadas diez años después. La falda era tan larga como siempre y, bajo su más estrecha campana de tela, la mujer aún se deslizaba sin pies, como sobre ruedecitas. Ciertamente es que se habían realzado los senos un poco y se había adentrado el prominente trasero, pero la forma general del cuerpo vestido seguía siendo extrañamente inverosímil: un cangrejo encerrado en un caparazón de ballenas; y aquel enorme sombrero con penacho de plumas de 1911 era simplemente un entierro francés de primera clase. ¿Cómo podía haberse sentido atraído un hombre en su sano juicio por una apariencia tan profundamente antiafrodisíaca? Y, sin embargo,

pese a las instantáneas, la recordaba como la encarnación misma del atractivo deseable. A la vista de aquel cangrejo con plumas y sobre ruedas, se le había acelerado el corazón y la respiración se le había alterado.

Veinte, treinta, años después, las instantáneas sólo revelaban cosas remotas y ajenas, pero lo ajeno es (¡automatismo deprimente!) siempre lo absurdo. En cambio, lo que recordaba era la emoción sentida cuando lo ajeno era aún lo familiar, cuando lo absurdo –al darse por descontado– nada tenía de tal. Los dramas del recuerdo son siempre Hamlet con atuendo moderno.

¡Qué hermosa había sido su madre... bajo la cabellera arborescente y pese al sobresaliente trasero y el pecho en disminución! ¡Y qué enloquecedoramente deseable era Mary, aun envuelta en un caparazón y coronada por plumas propias de un entierro! Y también él con su chaquetita de cazador *beige* y su boina escocesa; como Bubbles (del cuadro de John Millais), con traje de pana lisa de color de hierba y volantes; en el colegio con su traje Norfolk y pantalones bombachos que acababan por debajo de las rodillas en dos tubos ceñidos de excelente tela espesa; con su cuello almidonado y su bombín, los domingos, y su gorra rojinegra de la escuela en los demás días... también, en su recuerdo, llevaba siempre ropa moderna, nunca la absurda figurita cómica que aquellas instantáneas revelaban: no peor –por lo que a su sensación interior se refería– que los muchachos de treinta años después con sus jerséis y pantalones cortos. Era una prueba –se vio reflexionando impersonalmente Anthony, mientras examinaba la imagen con sombrero de copa y frac de sí mismo en Eton– de que sólo se podía registrar el progreso, nunca experimentarlo. Cogió su cuaderno, lo abrió y escribió: «Tal vez los historiadores noten el progreso, pero quienes participan en realidad en el supuesto avance nunca pueden sentirlo. Los jóvenes nacen en circunstancias nuevas y los ancianos las dan por sentadas al cabo de unos meses o años. No se sienten los avances como tales. No hay gratitud... sólo irritación, si, por alguna razón, las nuevas comodidades se deterioran. Los hombres no dedican tiempo alguno a

agradecer a Dios la existencia de los automóviles; se limitan a maldecir, cuando se ahoga el carburador».

Cerró el libro y volvió a mirar el sombrero de copa de 1907.

★ ★ ★

Se habían oído pasos y, al levantar la vista, vio a Helen Ledwidge, que se acercaba por la terraza con sus características zancadas. Bajo el sombrero ancho, su rostro brillaba con el reflejo de su ropa de playa de un rojo encendido, como si estuviera en el infierno, y en realidad –siguió pensando– lo estaba... mentalmente; llevaba su infierno consigo; el infierno de su grotesco matrimonio y tal vez otros, pero él siempre se había abstenido de preguntar con demasiado detalle en qué consistían, siempre había fingido no notarlos, cuando ella misma se ofrecía a guiarlo por sus vericuetos. Sólo el Cielo sabía a qué atolladero de emoción, a qué sentido de la responsabilidad lo conducían la interrogación y la exploración. Además, no tenía tiempo ni energías para las emociones y las responsabilidades. Su trabajo tenía prelación. Reprimió su curiosidad y siguió desempeñando, obstinado, el papel que se había asignado desde hacía mucho: el de filósofo desapegado, hombre interesado en la ciencia y que no ve las cosas que resultan evidentes a todos los demás. Se comportaba como si no pudiera advertir otra cosa en la cara de ella que sus bellezas externas de forma y textura, cuando, en realidad, la carne nunca es del todo opaca; el alma se muestra a través de las paredes de su receptáculo. Aquellos claros y grises ojos suyos, aquella boca con el labio superior delicadamente prominente, eran duros y casi desagradables a consecuencia de una tristeza resentida.

Cuando salió de la zona soleada y entró en la sombra de la casa, el rojo subido se apagó, pero la repentina palidez de su cara no hizo sino intensificar la agriada melancolía de su expresión. Anthony la miró, pero no se levantó ni le hizo un saludo. Entre ellos había una convención en virtud de la cual no debía haber formulismos, ni siquiera el de dar los buenos días: nada de for-

mulismos. Cuando Helen cruzó las puertas de cristal abiertas y entró en la sala, él volvió al examen de sus fotografías.

«Pues ya estoy aquí», dijo ella, sin sonreír. Se quitó el sombrero y con un lindo movimiento impaciente de la cabeza sacudió los rizos rojizo-carmelitas de su pelo para que recuperaran su forma original. «¡Un calor espantoso!» Tiró el sombrero al sofá y cruzó la sala hasta donde Anthony estaba sentado a su escritorio. «¿No estás trabajando?», añadió, extrañada. Era tan poco frecuente no encontrarlo inmerso en libros y papeles...

El negó con la cabeza. «Hoy no hay sociología».

«¿Qué estás mirando?» Situada junto a la silla de él, se inclinó sobre las instantáneas dispersas.

«Mis antiguos cadáveres». Le pasó el espectro del muerto de Eton.

Después de estudiarlo un momento en silencio, ella comentó: «Tenías buen aspecto entonces».

«*Merci, mon vieux!*», dijo él y le dio una palmadita irónicamente cariñosa en la parte trasera del muslo. «En el colegio me llamaban Benger». Entre las puntas de los dedos de él y la redondeada resistencia de la carne de ella, la seda interponía una seca suavidad deslizante, extrañamente desagradable al tacto. «Abreviación de “Alimentos de Benger”, porque tenía aspecto infantil».

«Delicioso», prosiguió ella, sin hacer caso de la interrupción de él. «Tenías un aspecto de verdad monísimo entonces, enternecedor».

«Pero sigo teniéndolo», protestó Anthony y le dedicó una sonrisa.

Ella lo miró un momento en silencio. Bajo el denso y obscuro pelo, la frente era deliciosamente suave y serena, como la de un niño meditabundo; infantil también, de forma más cómica, era la nariz, corta y ligeramente inclinada hacia arriba. Entre sus estrechos párpados, los ojos estaban animados por una risa interior y en las comisuras de los labios había también una sonrisa... ligeramente irónica, que en cierto modo contradecía lo que la forma de los labios parecía expresar. Eran labios gruesos y bien

dibujados: voluptuosos y al mismo tiempo serios, tristes, casi trémulamente sensibles, unos labios que parecían desnudos con su pesarosa desnudez, sin defensa propia y abandonados a su desamparo por la barbillita nada agresiva.

«Lo peor», dijo Helen al final, «es que tienes razón. Sí que eres delicado, sí que eres enternecedor. Dios sabe por qué, porque no deberías serlo. En el fondo es un engaño, un truco para gustar a las personas mediante pretensiones falsas».

«Pero, ¡bueno!» protestó él.

«Les haces darte algo por nada».

«Pero al menos soy siempre totalmente franco al indicar que no es nada. Nunca finjo que sea una gran pasión». Prolongó la *r* y abrió la *a* grotescamente. «Ni siquiera una *Wahlverwandschaft*», añadió, pasando al alemán, para que todo aquel romántico asunto de las afinidades y las emociones intensas pareciera particularmente ridículo. «Es sólo un poquito de diversión».

«Un poquito de diversión», repitió Helen irónicamente, mientras pensaba, al hablar, en aquel período al comienzo de aquel amorío en el que había estado a punto -por decirlo así- de enamorarse de él... como en el umbral y esperando que le pidiera que entrara, pero, ¡con qué firmeza (pese a su silencio y estudiada caballerosidad), con qué claridad y determinación, le había cerrado él la puerta en las narices! No quería ser amado. Por un momento ella había estado a punto de rebelarse; después, con aquel espíritu de resignación amargada y sarcástica con el que había aprendido a afrontar el mundo, aceptó sus condiciones. Éstas eran tanto más aceptables cuanto que no había otra opción mejor a la vista, ya que, al fin y al cabo, era un hombre notable y, al fin y al cabo, a ella le gustaba mucho, además de que él sabía darle al menos una satisfacción física. «Un poquito de diversión», repitió y soltó una risita como un bufido.

Anthony le echó una ojeada, mientras se preguntaba, incómodo, si ella se proponía romper el acuerdo tácitamente aceptado entre los dos y referirse a algún asunto vedado, pero sus temores no estaban justificados.

«Sí, lo reconozco», prosiguió ella tras un corto silencio. «Eres totalmente sincero, pero eso no quita para que siempre estés consiguiendo algo por nada. Llámalo un engaño no intencionado. Tu cara es tu fortuna, supongo. En tu caso, tus apuestas facciones contradicen tus obras». Se inclinó una vez más sobre las fotografías. «¿Quién es?»

Él vaciló un momento antes de responder; después, con una sonrisa, pero sintiéndose al mismo tiempo bastante incómodo, dijo: «Una de las pasiones no grandiosas», respondió. «Se llamaba Gladys».

«¡Cómo le cuadra el nombre!» Helen arrugó la nariz desdenosamente. «¿Por qué la dejaste?»

«No la dejé. Prefirió a otro. No es que me importara demasiado», estaba añadiendo, cuando ella lo interrumpió.

«Tal vez el otro le hablara a veces cuando estaban en la cama».

Anthony se sonrojó. «¿Qué quieres decir?»

«Algunas mujeres tienen la curiosa costumbre de apreciar que les hablen en la cama y al ver que tú no lo hacías... Al fin y al cabo, nunca lo haces». Dejó a un lado a Gladys y cogió a la mujer ataviada con la vestimenta de 1900. «¿Es tu madre?»

Anthony asintió con la cabeza. «Y ésta es la tuya», dijo, mientras le colocaba delante la fotografía de Mary Amberley con sus fúnebres plumas. Después, con tono de desagrado, añadió: «¡Toda esa carga del pasado que arrastramos con nosotros! Tendría que haber alguna forma de liberarnos de nuestros recuerdos superfluos. ¡Cómo detesto al viejo Proust! De verdad que lo detesto». Y, con una elocuencia profundamente cómica, se puso a evocar la visión de aquel asmático buscador del tiempo perdido, acucillado, horriblemente blanco y fofo, con pechos casi femeninos, pero cubierto con largo pelo negro, siempre acucillado en el tibio baño de su recordado pasado, mientras toda la rancia espuma de jabón de incontables lavados anteriores flotaba a su alrededor, toda la suciedad acumulada durante años se encontraba en obscura suspensión en el agua o bien formaba una costra en los lados de la bañera, y ahí seguía: un pálido y repelente inválido, tomando con la esponja su espesa sopa y echándosela por la cara, tomando con las manos y pasándose, encantado, tan grisáceo y pastoso licor alrededor de la

boca, haciendo gárgaras y enjuagándose las ventanas de la nariz con él, como un pío hindú en el Ganges...

«Hablas de él», dijo Helen, «como si fuera un enemigo personal tuyo».

Anthony se limitó a reírse.

En el silencio que siguió, Helen cogió la marchita instantánea de su madre y se puso a escrutarla detenidamente, como si fuera un misterioso jeroglífico que, una vez interpretado, pudiese brindarle una clave, desentrañar un enigma.

Anthony se quedó mirándola un rato; después, volviendo a la actividad, metió la mano en el montón de fotografías y sacó la de su tío James con traje de jugar al tenis de 1906. Ya había muerto... de cáncer, el pobre desdichado, y con todos los consuelos de la religión católica. Dejó esa instantánea y cogió otra. Mostraba un grupo delante de unas montañas suizas borrosas: su padre, su madrastra y sus dos hermanastras. «Grindelwald, 1912», estaba escrito en el reverso con la nítida letra del Sr. Beavis. Los cuatro llevaban —advirtió— bastones de alpinistas.

«Y me gustaría», dijo en voz alta, mientras dejaba la fotografía, «que mis días estuvieran separados unos de otros por una impiedad antinatural».

Helen apartó la vista del indescifrable jeroglífico. «Entonces, ¿por qué pasas tiempo mirando viejas fotografías?»

«Estaba limpiando mi armario», explicó él. «Han salido a la luz, como tutankámones. No he podido resistir la tentación de mirarlas. Además, es mi cumpleaños», añadió.

«¿Tu cumpleaños?»

«Cuarenta y dos hoy». Anthony movió la cabeza. «¡Demasiado deprimente! Y como siempre nos gusta ahondar en la tristeza...» Cogió un puñado de las instantáneas y las dejó caer otra vez. «Los cadáveres han aparecido muy oportunamente. Se nota el dedo de la Providencia o la pezuña del destino, si prefieres».

«Te gustaba mucho, ¿verdad?», preguntó Helen después de otro silencio, mientras sostenía la espectral imagen de su madre para que él la viera.

Él asintió con la cabeza y, para desviar la conversación, explicó: «Me civilizó. Era medio salvaje cuando me cogió en sus manos». No quería hablar de sus sentimientos para con Mary Amberley... en particular (aunque se trataba, sin lugar a dudas, de un estúpido resto de barbarie) con Helen. «La carga de la mujer blanca», añadió riéndose. Después, tras volver a recoger el grupo con bastones de alpinista, añadió: «Y ésta es una de las cosas de las que me liberó: la obscurísima Suiza. Nunca se lo agradeceré bastante».

«Es una lástima que no pudiera liberarse a sí misma», dijo Helen, después de haber mirado los bastones de alpinista.

«Por cierto, ¿cómo está?»

Helen se encogió de hombros. «Estaba mejor cuando salió de la residencia esta primavera, pero ha vuelto a empezar, claro está, con lo mismo de siempre: morfina y en los intervalos la bebida. La vi en París de camino para aquí. ¡Estaba espantosa!» Se estremeció.

La mano, irónicamente afectuosa, que seguía apretando el muslo de ella pareció de pronto totalmente fuera de lugar. La dejó caer.

«No sé qué es peor», prosiguió Helen, tras una pausa: «la suciedad -¡no te imaginas el estado en el que vive!- o esa malicia, esas espantosas mentiras». Lanzó un suspiro profundo.

Con un gesto que nada tenía de irónico, Anthony le cogió la mano y la apretó. «¡Pobre Helen!»

Ella se quedó unos segundos inmóvil y en silencio, con la vista apartada; después de repente se movió como para despertarse. Él sintió que la floja mano de ella apretaba la suya y, cuando se volvió a mirarlo, su cara estaba animada por una imprudente y deliberada alegría. «Al contrario: ¡pobre Anthony!», dijo y desde lo más profundo de su garganta surgió una extraña e inesperada risita ahogada: «¡Hablando de falsas pretensiones...!»

Él iba a protestar que, en el caso de ella, eran verdaderas, cuando ella se inclinó y, con una violencia como irritada, pegó su boca a la de él.

Capítulo segundo

4 DE ABRIL DE 1934

Del diario de A. B.

Cinco palabras resumen todas las biografías. *Video meliora proboque; deteriora sequor*. Como todos los demás seres humanos, yo sé lo que debería hacer, pero sigo haciendo lo que no debería y lo sé. Por ejemplo, esta tarde he ido a ver al pobre Beppo, tristemente convaleciente de gripe. Sé que debería haberme sentado a su lado y haberle dejado que derramara sus quejas sobre la ingratitud y la crueldad de la juventud, su terror al avance de la vejez y la soledad, sus espantosas sospechas de que la gente empieza a considerarlo un pesado, que ya no está *à la page*. Los Bolinsky habían ofrecido una fiesta sin invitarlo. Desde noviembre Hagworm no lo había invitado a que acudiera un fin de semana... Yo sabía que debería haberlo escuchado con comprensión y haberle dado buenos consejos, haberle implorado que no se deprimiera por las cosas inevitables y las nimiedades. No cabe duda de que no los habría aceptado... como de costumbre, pero, aun así, nunca se sabe, por lo que yo nunca debería dejar de dárselos. En cambio, me he tranquilizado la conciencia por adelantado comprándole una libra de uvas caras y le he dicho una mentira sobre un comité al que debía acudir corriendo, casi inmediatamente. La verdad es que no podía, sencillamente, afrontar una repetición de las autoconmiseraciones del pobre B. He justificado mi comportamiento –además de con cinco pavos de fruta– con pensamientos cargados de razón: a sus cincuenta años, ese hombre debería tener más juicio y no continuar atribuyendo

importancia a los amoríos, las invitaciones a cenar y las reuniones con las personas que le interesan. No debería ser tan idiota; así, pues, no me correspondía a mí (lógica impecable) hacer -como sabía- lo que debía, por lo que, después de estar tan sólo un cuarto de hora con él, me he apresurado a marcharme y he dejado al pobre desdichado con su soledad y su supurante autocompasión. Acudiré mañana para quedarme al menos dos horas.

«El pecado inveterado»: ¿se puede seguir usando esta expresión? No, tiene demasiadas connotaciones e implicaciones insatisfactorias: la sangre del cordero, terrible es caer en las manos del Dios vivo, el fuego del Infierno, la obsesión sexual, delitos, la castidad en lugar de la caridad. (Noto que el bueno y pobre de Bepo vuelto del revés = Comstock o San Pablo). Además, el «pecado inveterado» ha entrañado en general ese incesante, egocéntrico, desasosiego sobre uno mismo que tanto empaña la piedad. Véase al respecto el diario de Prince, aquel celoso evangélico que después fundó la Morada del Amor, por inspiración divina, como dirían los buchmanitas; pues su deseo -durante tanto tiempo reprimido- de la copulación promiscua surgió por fin en la conciencia como un mandato del Espíritu Santo (con quien acabó identificándose) de «conciliar la carne con Dios» y se puso a conciliarla... en público, al parecer, y en el sofá de la sala de estar.

No, no se puede usar esa expresión ni pensar conforme a lo que entraña, pero eso no significa, desde luego, que no existan las tendencias persistentes a comportarse mal ni que sea asunto nuestro examinarlas objetivamente e intentar hacer algo al respecto. Esa observación del viejo Miller, cuando fuimos a caballo a ver a uno de sus pacientes indios en las montañas: «En realidad y en virtud de la naturaleza, todo hombre es una unidad, pero tú la has transformado artificialmente la unidad en una trinidad. Un hombre listo y dos idiotas: en eso te has convertido, un admirable manipulador de ideas, unido a una persona que, por lo que al autoconocimiento y el sentimiento se refiere, es un simple subnormal y los dos relacionados con un cuerpo memo, un cuerpo que desconoce sin remedio todo lo que hace y siente, que carece de lo-

gros, que no sabe servirse de sí mismo ni de ninguna otra cosa; dos imbéciles y un intelectual, pero el hombre es una democracia en la que impera esa mayoría. Tienes que hacer algo con ella». Este diario es un primer paso. El autoconocimiento es un elemento esencial, previo al autocambio. (Ciencia pura y después aplicada.) Lo que me asedia es la indiferencia. No me importa la gente o, mejor dicho, no lo permito, porque eludo cuidadosamente todas las ocasiones en que podría hacerlo. Una parte necesaria del tratamiento es la de aceptar todas las fastidiosas ocasiones que se pueda, molestarse en crearlas. La indiferencia es una forma de pereza. Es que se puede trabajar denonadamente, como he hecho yo siempre, y, sin embargo, revolcarse en la pereza; ser laborioso con la tarea propia, pero escandalosamente vago con todo lo que no lo es, porque el trabajo es, desde luego, divertido, mientras que lo que no lo es —las relaciones personales, en mi caso— es desagradable y arduo, tanto más arduo a medida que, con el paso del tiempo, arraiga el hábito de evitar las relaciones personales. La indiferencia es una forma de pereza y ésta es, a su vez, uno de los síntomas de la falta de amor. No se es vago con lo que se ama. El problema es el de cómo amar. (Una vez más, esta palabra es sospechosa: untuosa, al haberla manoseado por generaciones de míseros. Tendría que haber alguna forma de limpiar y desinfectar las palabras: amor, pureza, bondad, espíritu... una pila de ropa sucia esperando a la lavandera. Entonces, ¿cómo —no «amar», pues es un pañuelo sucio, sino— sentir, pongamos por caso, un interés persistente y afectuoso por las personas? ¿Cómo hacer la aproximación antropológica, como diría el viejo Miller, a ellas? No es fácil responder.)

5 de abril.

He trabajado toda la mañana, pues sería absurdo no dar forma a mis materiales, una forma nueva, claro está. Mi concepción original era la de un *Bouvard et Pécuchet* inmenso, compuesto de he-

chos históricos, un panorama de futilidad, aparentemente objetivo, científico, pero compuesto —me doy cuenta— para justificar mi propia forma de vida. Si los hombres se hubieran comportado siempre como memos o mandriles, si no pudiesen hacerlo de otro modo, yo estaría justificado en permanecer sentado cómodamente en la platea con las gafas de la ópera, mientras que, si se pudiese hacer algo, se pudiese modificar el comportamiento... Entretanto, una descripción del comportamiento y una relación de las formas de modificarlo serían valiosas, aunque no tanto como para justificar una completa abstención de todas las demás formas de actividad.

Por la tarde, he ido a casa de Miller, donde he encontrado a un párroco protestante que se toma el cristianismo en serio y ha creado una organización de pacifistas. Se llama Purchas y es de mediana edad, ligeramente musculoso y jovial al modo cristiano. (¡Qué difícil resulta reconocer que alguien pueda recurrir a los tópicos y, aun así, ser inteligente!) Pero es una clase de hombre muy decente, más que decente, de hecho, bastante impresionante.

El objetivo consiste en utilizar y extender la organización de Purchas. La unidad debe ser un grupo pequeño, como el *ága-pe* del primer cristianismo o la célula comunista. (Conviene observar que todos los movimientos logrados han partido de ocho, como en las regatas, o los once, como en el fútbol.) Los grupos de Purchas comienzan sus reuniones con devociones cristianas. Está empíricamente demostrado que una atmósfera devocional aumenta la eficiencia, intensifica el espíritu de cooperación y autosacrificio, pero la devoción en sentido cristiano sería en gran medida inaceptable. Miller considera posible una praxis de meditación teológica, que él gustaría, naturalmente, de acompañar con el entrenamiento —conforme al método de F. M. Alexander del yo, comenzando por el del dominio físico y gracias a éste (pues el entendimiento y el cuerpo son una misma cosa) el de los impulsos y los sentimientos, pero resulta imposible. No existen los maestros necesarios. «Debemos contentarnos con hacer lo que

podamos desde el punto de vista mental. El físico nos fallará, claro está. La carne es débil en muchas más formas de lo que suponemos».

He accedido a hacer una contribución económica, preparar folletos y dar charlas a grupos. Esto último es lo más difícil, pues siempre me he negado a hablar en público. Cuando Purchas se ha marchado, he preguntado a Miller si debería seguir un curso de oratoria.

Respuesta: «Si sigues un curso antes de estar bien y físicamente coordinado, te limitarás a aprender otra forma más de utilizarte mal a ti mismo. Prepárate, logra la coordinación, utilízate a ti mismo adecuadamente y podrás hablar de la forma que te plazca. Las dificultades —desde el miedo escénico hasta el timbre adecuado de la voz— dejarán de existir».

Después Miller me ha dado una lección sobre la utilización de uno mismo: aprender a sentarte en una silla, a levantarte y a inclinarte hacia atrás y hacia delante. Me ha avisado de que al principio podría parecer inútil, pero el interés y la comprensión aumentarían con los logros y llegaría a considerarlo la solución para el problema de *video meliora proboque, deteriora sequor*: una técnica para plasmar las buenas intenciones en actos, para estar seguro de hacer lo que, como sabes, debes hacer.

He pasado la velada con Beppo. Tras escuchar el catálogo de desdichas, le he indicado que no había cura, sólo prevención. Se debe evitar la causa. Su reacción ha sido una ira apasionada: yo estaba quitando su sentido a la vida, condenándolo al suicidio. Le he respondido dando a entender que la vida tiene más de un sentido. Me ha contestado que preferiría morir a renunciar a su posición; después ha cambiado de talante y ha expresado el deseo de abandonarla, pero, ¿a cambio de qué? Le he propuesto el pacifismo, pero él ya era pacifista, siempre lo ha sido. Sí, yo ya lo sabía, pero se trataba de un pacifista pasivo, negativo. Existía un pacifismo activo y positivo.

Me ha escuchado y ha dicho que lo pensará, le parecía que podría ser una salida.

Capítulo tercero

30 DE AGOSTO DE 1933

Desde la terraza de la casa, lo primero que atraía la vista era el Oeste, donde los pinos bajaban hasta el mar: una azul bahía mediterránea bordeada de piedras pálidas como huesos y circundada de colinas altas, con verdes viñas en las laderas bajas, grises olivos, luego pinos oscuros, tierra roja, rocas blancas o brezo rosáceo-carmelita y reseco. Por un paso entre las colinas más cercanas, sobresalía -con claridad metálica, pero azul con la distancia- la larga y recta cresta de Sainte-Baume. Al Norte y al Sur, el jardín estaba rodeado de pinos, pero al Este las viñas y los olivares ascendían en terrazas de tierra roja hasta una cima y los últimos árboles se recortaban en el cielo, unas veces oscuros y tétricos y otras trémulos y plateados.

En la terraza, había colchones para tomar el sol y en uno de ellos estaban tumbados, con las cabezas en la estrecha sombra del antepecho meridional. Era casi mediodía; la luz del Sol caía en picado del cielo immaculado, pero una ligera brisa se movía, se apagaba y volvía a soplar. La piel, lamida por aquel calor intermitentemente atemperado, parecía adquirir una sensibilidad más viva, casi una conciencia independiente, como si estuviera bebiendo una nueva vida procedente del Sol. Y aquella extraña vida, intensa y encendida, procedente del espacio exterior parecía penetrar en la piel, permearla y transmutar la carne bajo ella hasta que todo el cuerpo era de materia solar, extraterrestre, y la propia alma se sentía derretir, perder la identidad y volverse de una clase diferente y no humana.

¡Hay tan pocas muecas posibles, tal penuria, en comparación con todos los pensamientos, sentimientos y sensaciones, tal pobreza humillante de reflejos, incluso de gestos conscientemente expresivos! Anthony, aún lúcido en su autoalienación, observó los síntomas de aquel lecho mortal en el que también tenía un papel como asesino y covíctima. Helen volvía, nerviosa, la cabeza en las almohadas, de aquí para allá, como buscando, pero siempre en vano, algún alivio, por ligero que fuera, algún respiro, aunque sólo fuese de un momento, para su insoportable sufrimiento. A veces, con el gesto de quien suplica, desesperado, que le aparten un cáliz, se apretaba las manos y, tras alzarlas hasta la boca, roía los nudillos apretados o apretaba una muñeca entre sus dientes separados como para ahogar su propio llanto. La cara, deformada, era una máscara de la mayor aflicción. Era –notó Anthony de pronto, al inclinarse sobre aquellos atormentados labios– la de una de las mujeres santas de Van der Weyden al pie de la Cruz.

Y después, de un momento a otro, sobrevino una quietud. La víctima ya no agitaba su atormentada cabeza sobre la almohada. Las manos implorantes quedaron flácidas. La angustiada expresión de dolor dio paso a una serenidad sobrehumana y extática. La boca se volvió grave, como la de una santa. ¿Qué visión beatífica se había presentado tras los párpados cerrados?

Permanecieron un largo rato presa de un letargo de luz solar y deseo saciado. Fue Anthony quien primero se movió. Impulsado por las gratitud y ternura mudas e irreflexivas de su cuerpo satisfecho, estiró una mano acariciante. La piel de ella estaba caliente al tacto como un fruto al sol. Él se irguió sobre un codo y abrió los ojos.

«Pareces un Gauguin», dijo al cabo de un momento: carmelita como un Gauguin y curiosamente –le pareció– plana también como un Gauguin, pues la quemadura del sol suprimía los destellos nacarados de carmín, azul y verde que daban al blanco cuerpo, no bronceado, su peculiar suntuosidad de alivio.

El sonido de su voz penetró en el cálido y delicioso trance de pérdida del conocimiento de Helen y la sobresaltó. Puso

una mueca casi de dolor. ¿Por qué no podía él dejarla en paz? Había estado tan feliz en aquel otro mundo de su cuerpo transfigurado y ahora él la llamaba... de vuelta a este mundo, a su infierno cotidiano de vacío, sequía y descontento. No contestó a las palabras de él y, tras cerrar los ojos con más fuerza contra la amenaza de la realidad, intentó volver al paraíso del que había sido arrastrada.

Carmelita como un Gauguin y plana... pero el primer Gauguin que él vio en su vida (y había fingido –recordaba– apreciarlo mucho más de lo que había declarado) había sido con Mary Amberley en aquella ocasión en París... apasionante y, para el muchacho de veinte años que entonces era, extraordinaria y apocalíptica.

Frunció el ceño para sí mismo; ¡aquel pasado suyo estaba resultando importuno! Pero, cuando, para escapar de él, se inclinó a besar el hombro de Helen, encontró la piel calentada por el sol e impregnada de un olor tenue, pero penetrante, a un tiempo salado y ahumado, que lo transportó instantáneamente a una gran cantera de creta en una falda de los Chilterns, donde, en compañía de Brian Foxe, había pasado una hora inexplicablemente placentera chocando dos pedernales y olfateando con voluptuosidad el punto en el que la chispa había dejado su fuerte olor característico de combustión marina.

«Pa-pa-pa...re-rece de hu-hu-mo bajo el ma-mar», había comentado tartamudeando Brian, cuando le ofreció los pedernales para que los oliera.

Incluso los –al parecer– más sólidos fragmentos de la realidad presente están cargados de peligros. ¿Qué podía ser menos comprometedor ahí, en el presente, que el cuerpo de una mujer bañado por el sol? Y, sin embargo, lo había traicionado. El firme terreno de su sensual inmediatez y su ternura física se había abierto bajo sus pies y lo había precipitado a otro tiempo y lugar. Nada era seguro. Incluso aquella piel tenía el aroma del humo bajo el mar: aquella piel viva, aquella piel presente, pero ya casi hacía veinte años de la muerte de Brian.

Una cantera de cal, una galería de pintura, una figura carmelita al sol, una piel, aquí, con olor a sal y humo y (como la de Mary, recordó) tremendamente almizcleña. En algún punto de la cabeza un lunático barajaba unas instantáneas y las repartía al azar, las barajaba una vez más y las repartía con un orden distinto, una y otra vez, indefinidamente. No había cronología. El idiota no recordaba distinción alguna entre el antes y el después. El abismo era tan real y vívido como la galería. Que diez años separaban los pedernales de los Gauguin era un hecho, no dado, sino descubrible sólo con la reflexión. Los treinta y cinco años de su vida consciente se hicieron notar de inmediato ante él como un caos... una pila de instantáneas en manos de un lunático. ¿Y quién decidía qué instantáneas debían conservarse y cuáles tirarse? Un animal atemorizado y libidinoso, según los freudianos, pero éstos eran víctimas de la falacia patética, como incorregibles racionalizadores que eran, siempre en busca de razones suficientes, de motivos comprensibles. El miedo y la lascivia eran los motivos más fácilmente comprensibles de todos. Así, pues... pero la psicología no tenía más derecho a ser antropomórfica o incluso zoomórfica que cualquier otra ciencia. Además de una razón y un animal, el hombre era también una colección de partículas sujetas a las leyes del azar. Algunas cosas se recordaban por su utilidad o su atractivo para las facultades mentales superiores: otras, recordadas (u olvidadas a propósito) por su contenido emocional para el animal regente, pero, ¿y las innumerables cosas recordadas sin un particular contenido emocional, sin utilidad ni belleza ni significado racional? En esos casos el recuerdo parecía ser simplemente azaroso. En el momento del suceso, ciertas partículas parecían estar en una posición favorable. ¡Clic! El suceso quedaba captado, indeleblemente recordado, sin razón alguna, a no ser, desde luego, que —se le ocurrió entonces de forma bastante inquietante— la razón fuera anterior, sino posterior, en lo que había sido el futuro. ¿Y si aquella galería de pintura había quedado grabada y almacenada en los sótanos de su cerebro con el único y expreso fin de salir a la conciencia en aquel preciso momento? Había salido

aquel día en que tenía cuarenta y dos años y se sentía seguro y estable, no sujeto a cambio, había salido junto con aquellos críticos años de su adolescencia, junto con la mujer que había sido su profesora y su primera amante y ya no era sino un ser apenas humano que se podría, solo, en un sucio cubil. ¿Y si aquel absurdo juego infantil con los pedernales había tenido un sentido, un fin profundo, que era simplemente el de ser recogido en aquella terraza abrasadora, en el momento en que sus labios entraron en contacto con la carne de Helen, calentada por el sol? Para que se viera obligado —en pleno acto de sensualidad despegada e irresponsable— a pensar en Brian y en las cosas para las que éste había vivido, sí, y por las que había muerto... otra imagen le hizo recordarlo de pronto, al pie de un acantilado como aquel precisamente bajo el cual habían jugado de niños en la cantera de creta. Sí, incluso el suicidio de Brian, incluso el pobre cuerpo acurrucado sobre las rocas —comprendía ahora horrorizado— estaba misteriosamente implícito en aquella piel caliente.

Uno, dos, tres, cuatro... contando cada movimiento de su mano, empezó a acariciarla. El gesto era mágico: si lo repetía lo bastante, lo transportaría —allende el pasado y el futuro, allende el bien y el mal— al discreto, autónomo y atómico presente: partículas de reflexión, deseo y sentimiento moviéndose al azar entre partículas de tiempo, entrando en contacto por casualidad y separándose del mismo modo en un casino, un asilo, un zoo, pero también en un rincón, una biblioteca, con alguien pensando, alguien a merced en gran medida de los *croupiers*, a merced de los idiotas y los animales y, aun así, irrefrenable e infatigable. Otros dos o tres años y los *Elementos de Sociología* estarían acabados, a pesar de todo; sí, a pesar de todo —pensó— como con un júbilo desafiante y contó treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro, treinta y cinco...

Capítulo cuarto

16 DE NOVIEMBRE DE 1902

Cuernos con un rizo de pelo anaranjado entre ellos; el rosáceo hocico bajado inquisitivamente hacia una taza y un platillo diminutos; ojos que expresaban un asombro más que humano. «EL BUEY», proclamaba el anuncio en caracteres de seis pulgadas. «EL BUEY EN LA TAZA DE TÉ». Debía ser una razón para comprar el extracto de carne de bovino... y lo era.

Buey en taza. Las palabras, la imagen fundamentalmente cómica, habían invadido los condados aquellos verano y otoño como una enfermedad de la piel, una de entre veinte infecciones asquerosas y vergonzosas. El tren que llevaba a Anthony Beavis a Surrey pasaba por entre millas y millas de eccemas de vulgaridad: píldoras, jabones, pastillas para la tos y —más llamativamente encendida y asquerosa que todo lo demás— la esencia de buey, el buey en taza.

«Treinta y uno... treinta y dos», dijo el niño para sí y lamentó no haber empezado a contar cuando se había puesto en marcha el tren. Entre Waterloo y Clapham Junction, debían de haber pasado centenares de bueyes, millones.

Enfrente y echado hacia atrás en su rincón, estaba sentado el padre de Anthony. Se hacía sombra en los ojos con la mano izquierda. Sus labios se movían bajo el lacio bigote castaño.

«Espérame allí» decía John Beavis a la persona que, tras sus párpados cerrados, seguía a veces viva y otras estaba fría e inmóvil, como recordaba:

Espérame allí, que no dejaré de reunirme contigo en ese valle profundo.

Desde luego, no había inmortalidad. Después de Darwin, después de las hermanas Fox, después del propio padre de John Beavis, el cirujano, ¿cómo iba a haberla? Allende aquel valle profundo nada había, pero, aun así, oh, aun así, espérame, espérame, ¡espera, espera!

«Treinta y tres».

Anthony apartó la vista del veloz paisaje y se encontró con el espectáculo que ofrecía aquella mano sobre los ojos, aquellos labios en movimiento. Que se le hubiera ocurrido contar los bueyes parecía de repente vergonzoso, una traición, y el tío James, en el otro extremo del asiento, con su *Times*... y su cara contrayéndose, mientras leía, cada pocos segundos con espasmos de nerviosismo. Podría haber tenido la decencia de no leerlo entonces... cuando iban camino de... Anthony se negó a decir las palabras, que revelarían todo tan claro, y no quería saberlo con demasiada claridad. Leer el *Times* podía ser vergonzoso, pero lo otro era terrible, demasiado terrible para pensarlo y, sin embargo y por esa razón, no se podía por menos de hacerlo.

Anthony volvió a mirar por la ventanilla y entre las lágrimas. La claridad verde y dorada del veranillo de San Martín flotaba en una iridiscencia oscura y de repente las ruedas del tren empezaron a salmodiar con todas las letras: «Muerta-muerta-muerta...», exclamaban, «muerta-muerta-muerta...», para siempre. Las lágrimas se desbordaron, calientes un instante en sus mejillas y después heladas. Sacó el pañuelo y se las enjugó, borró la niebla que le velaba los ojos. El mundo ante él, luminoso bajo el Sol, era como una joya enorme e intrincada. Los olmos se habían marchitado con un oro pálido. Enormes por sobre los campos e inmóviles, parecían meditar con la cristalina luz de la mañana, parecían recordar, parecían, al borde mismo de la disolución, mirar atrás y, con un último éxtasis de rememoración, volver a vivir, concentrados en aquel brillante momento otoñal, todo el prolongado triunfo de la primavera y del verano.

«MUERTA-MUERTA», gritaron las ruedas, con repentino frenesí, al cruzar un puente el tren, «¡MUERTA-MUERTA!».

Anthony intentó no escuchar... en vano; después intentó hacer que las ruedas dijeran algo diferente. ¿Por qué no habían de decir: *para parar el tren, tire de la cadena*? Eso era lo que solían decir. Con un gran esfuerzo de concentración, las obligó a cambiar de cantinela.

«Para parar el tren, tire de la cadena; para parar el tren, tire de la cadena, muerta-muerta-muerta...» Era inútil.

El Sr. Beavis se destapó los ojos un momento y miró por la ventanilla. ¡Qué luminosos estaban los árboles otoñales! Cruel, insultantemente, luminosos habrían parecido, de no haber sido por cierto matiz desesperado en su quietud, cierta fragilidad vidriosa que, ¡oh!, invitaba al desastre, anunciaba, profética, la futura obscuridad y las negras ramas que se movían torturadas entre las estrellas, el aguanieve como flechas lanzadas por el viento estridente.

El tío James pasó la página del *Times*. Vio que los ritualistas y los kensititas volvían a las andadas y le encantó. Que los perros se coman a los perros. «EL SR. CHAMBERLAIN EN LA UNIVERSITY COLLEGE SCHOOL». ¿Qué andaba haciendo ese viejo diablo? Descubriendo una placa conmemorativa de los muchachos muertos en la guerra. «Más de cien jóvenes fueron al frente y doce de ellos entregaron la vida por nuestro país en Sudáfrica (aplausos)» Idiotas engañados, pensó el tío James, que siempre había sido un apasionado partidario de los Boers.

Entre las vacas de verdad en los pastos, aparecían los enormes cuernos, el triangular rizo caoba, las inquisitivas ventanas de la nariz, la taza de té. Anthony cerró los ojos para no verlos.

«No, me niego», dijo con toda la determinación a la que antes había recurrido contra las ruedas. Se negaba a conocer el horror; se negaba a conocer el buey, pero, ¿de qué servía hacerlo? Las ruedas seguían gritando. ¿Y cómo iba a poder él evitar que aquel buey fuera el trigésimo cuarto, a la derecha, desde Clapham Junction? Un número siempre es un número, incluso camino de...

pero contar era vergonzoso, contar era como el tío James con el *Times*. Contar era huir, traicionar y, sin embargo, lo otro, aquello en lo que deberían estar pensando, era, en verdad, demasiado terrible, demasiado anormal, en cierto modo.

«Sea cual fuere lo que hayamos podido pensar o sigamos pensando sobre la causas, la necesidad, la justicia, de la guerra que ahora toca, por fortuna, a su fin, creo que todos debemos sentirnos profundamente satisfechos de que, cuando el país llamó a sus hijos a las armas, la hombría de la nación se apresuró a responder...» El tío James, con la cara estremecida de exasperación, dejó el *Times* y miró el reloj.

«Dos minutos y medio de retraso», dijo, irritado.

«Si al menos fueran doscientos años después», pensó su hermano, «o diez antes... no, doce, trece, el primer año de nuestro matrimonio».

James Beavis miró por la ventanilla. «Y aún estamos al menos a una milla de Lollingdon», continuó.

Sus dedos se dirigieron de nuevo a su cronómetro, en el bolsillo del chaleco, como a una herida, a un diente dolorido: el tiempo por sí mismo, siempre imperioso, categórico, el tiempo de mirar el reloj y ver la hora...

Las ruedas hablaban cada vez más despacio, resultaban cada vez menos comprensibles. Los frenos chirriaron.

«Lollingdon, Lollingdon», anunció el mozo de tren.

Pero el tío James estaba ya en el andén. «¡Deprisa!», gritó, dando zancadas, junto al tren aún en movimiento. Su mano volvió una vez más a la mística úlcera -que no cesaba de roer- de la conciencia. «¡Deprisa!»

Un resentimiento repentino se agitó en la cabeza de su hermano. «¿Para qué quiere que me dé prisa?» Como si corrieran el peligro de perderse algo... algún placer, alguna diversión breve.

Anthony bajó tras su padre. Caminaron hacia la salida, a lo largo de una pared de palabras e imágenes. UNA GUINEA LA CAJA Y UNA DICHA PARA LOS HOMBRES EL PICKWICK EL BÚHO Y MATA BICHOS, POLILLAS, ESCA-

RABAJOS LA PURA VERDAD Y CAFÉ DEL CAMPAMENTO DE BRANSON EL BUEY EN... Y de repente ahí estaban los cuernos, los ojos expresivos, la taza –la trigésima quinta taza–: «No, no lo haré, no lo haré»-, pero igualmente la trigésima quinta, la trigésima quinta desde Clapham Junction por el lado derecho.

El coche de punto olía a paja y a cuero y al año ochenta y ocho –¿era ése?, sí, ochenta y ocho–: aquella Navidad en que habían ido en coche al baile de los Champernowne –él y ella y su madre– con mucho frío, con la manta de piel de oveja en las rodillas, y, como por casualidad (pues aún no se había atrevido a hacer ese gesto intencionadamente), el dorso de su mano había rozado la de ella; la había rozado como por casualidad y se había quedado así. Su madre estaba hablando de la dificultad para conseguir sirvientes... y, cuando los conseguías, no sabían nada, eran vagos. ¡Ella no había movido la mano! ¿Querría decir que no le importaba? Se arriesgó; sus dedos se cerraron sobre los de ella. Eran irrespetuosos –proseguía su madre– eran... Sintió como respuesta una presión y, al levantar la vista, adivinó en la obscuridad que le sonreía.

«De verdad», decía su madre, «no sé a dónde vamos a ir a parar hoy en día». Y él había visto, como comentario silencioso, el destello travieso de los dientes de Maisie y ese apretoncito de la mano había sido deliciosamente conspirativo, secreto e ilícito.

El viejo caballo los llevó despacio, paso a pasito, por veredas, hasta el corazón de la gran joya otoñal de oro y cristal y se detuvo por fin en su centro mismo. A la luz del sol, la torre de la iglesia parecía de un gris ambarino. El reloj –notó James Beavis con fastidio– estaba atrasado. Pasaron bajo la puerta sotechada del cementerio. Cuatro personas, vestidas con ropa llamativa y horrendamente negra, caminaban por el sendero que tenían delante. Dos mujeres enormes (a Anthony todas le parecieron gigantes) se levantaron cual grandes conos negros como el carbón de las losas. Con ellas iban –aún más aumentados por sus sombreros de copa– dos hombres enormes.

«Los Champernowne», dijo James Beavis y las sílabas del nombre familiar fueron como una espada, otra más, que se clavó en el corazón de su hermano. Los Champernowne y –a ver–: ¿cómo se llama ese joven que se casó con su hija? ¿Anstey? ¿Annerley?– Miró, inquisitivo, a John, pero éste miraba fijamente hacia delante y no contestó.

«¿Amersham? ¿Atheton?» James Beavis frunció el ceño, irritado. Meticuloso como era, concedía una importancia enorme a los nombres, las fechas y las cifras; se preciaba de su capacidad para reproducirlos correctamente. Un lapsus de la memoria lo ponía furioso. «¿Atherton? ¿Anderson?» Y lo que lo volvía más exasperante era que el joven fuese tan apuesto y de porte tan correcto... no de la estúpida forma –rígida, militar– de su suegro, el general, sino cortés, desenvuelto... «No voy a saber cómo llamarlo», se dijo para sí y su mejilla derecha empezó a temblar, como si algún ser vivo se le hubiera introducido bajo la piel y estuviese luchando violentamente para escapar.

Siguieron adelante. A Anthony le pareció que se había tragado el corazón... entero y sin masticar. Sentía náuseas, como si fueran a castigarle con palmetazos.

Los gigantes negros se detuvieron, se dieron la vuelta y fueron a reunirse con ellos. Hubo saludos con el sombrero y se estrecharon manos.

«¡Y mi queridito Anthony!», dijo Lady Champernowne, cuando, por fin, llegó su turno. Se agachó, impulsiva, y le dio un beso.

Era gruesa. Sus labios le dejaron un asqueroso punto húmedo en la mejilla. Anthony la detestaba.

«Tal vez debería yo besarlo también», pensó Mary Amberley, al ver que su madre lo hacía. Estando casado, había que hacer esas cosas. Seis meses antes, cuando aún era Mary Champernowne y acababa de salir de la escuela, habría sido inconcebible, pero entonces... Nunca se sabía. Sin embargo, al final decidió no besar al muchacho, habría sido en verdad demasiado ridículo. Le apretó la mano sin decir nada y se limitó a sonreír desde la re-

mota seguridad de su felicidad secreta. Estaba embarazada de casi cinco meses y había vivido las dos o tres últimas semanas como en un trance de felicidad somnolienta, de una delicia inexpressable. Era una dicha en un mundo que se había vuelto increíblemente hermoso, opulento y benévolo. El campo, mientras lo recorrían por la mañana en el landó, que se balanceaba suavemente, había parecido un paraíso y aquel pequeño trecho verde entre los árboles dorados y la torre era el Edén mismo. Cierto era que la pobre Sra. Beavis había muerto, tan joven. ¡Qué tristeza! Pero, en cierto modo, no afectaba a su secreta dicha, seguía careciendo de la menor importancia al respecto, como si fuera la tristeza de quien se encontrara en otro planeta.

Anthony alzó la vista y miró un momento la cara sonriente, tan brillante en su marco negro, tan luminosa con su paz y felicidad interiores, y después lo venció la timidez y bajó la vista.

Entretanto, Roger Amberley observaba, fascinado, a su suegro y se preguntaba cómo era posible que alguien viviese sin falta en tanta consonancia con su carácter, cómo podía arreglárselas para ser un general de verdad y al mismo tiempo parecer tan exactamente como tal en el escenario de una comedia musical, incluso en un entierro, incluso cuando estaba dirigiendo unas palabras bien elegidas al afligido viudo: ¡Grossmith puro! Bajo su fino bigote castaño, los labios le temblaban, irreprimibles.

«Parece muy afectado», pensaba el general, mientras hablaba a John Beavis, y compadeció al pobre hombre, aunque no le gustara. Es que, naturalmente, se trataba de un pelma afectado y mojjigato, demasiado listo y al mismo tiempo un idiota. Peor aún: no se relacionaba demasiado con hombres, siempre rodeado de enaguas, de madres, tías, esposas. Unos años en el ejército le habrían sentado de maravilla. Aun así, parecía horriblemente afectado, pues Maisie había sido un encanto, demasiado buena para él, claro está...

Permanecieron parados un momento y después avanzaron todos, muy despacio, hacia la iglesia. Anthony iba en medio de ellos: un enano entre gigantes. La negrura de éstos lo anulaba, obscurecía el cielo, eclipsaba la torre ambarina y los árboles. Ca-

minaba como en el fondo de un pozo en movimiento. Sus negras paredes cruñían a su alrededor. Rompió a llorar.

No había querido saber... había hecho lo posible para no saber, excepto superficialmente, como se sabe, por ejemplo, que treinta y cinco sigue a treinta y cuatro, pero aquel pozo negro estaba oscuro con el concentrado horror de la muerte. No había escapatoria. Sus sollozos estallaron incontrolables.

Mary Amberley, que había estado perdida en la extática contemplación de las doradas hojas recortadas sobre el cielo pálido, bajó la vista para mirar un momento a aquella criatura, que lloraba en otro planeta, y después la apartó de nuevo.

«¡Pobre niño!», pensó su padre para sí y después, con cierta ampulosidad, añadió deliberadamente: «Pobre huerfanito!», y se alegró (pues deseaba sufrir) de que le doliera tanto pronunciar las palabras. Miró a su hijo, vio la cara deformada por la pena, los lilitos y sensibles labios tan angustiosamente doloridos y, por encima de esa deformación cubierta de lágrimas, la ancha y alta frente, con apariencia de inmunidad en su lisa pureza, y se sintió con el corazón traspasado por un dolor mayor.

«¡Pobre niño!», dijo en voz alta, pensando, mientras lo hacía, que aquella pena los aproximaría más, seguro. Era tan difícil ser natural, establecer un contacto con un niño, pero seguro que aquella tristeza y sus recuerdos comunes... Apretó la manita dentro de la suya.

Ya estaban en la puerta de la iglesia. El pozo se desintegró.

«Podríamos estar en el Tíbet», pensó el tío James, mientras se quitaba el sombrero. «¿Por que no las botas también?»

Dentro de la iglesia había una obscuridad antigua, que olía a siglos de piedad rústica. Anthony inhaló dos bocanadas de aquel aire dulce y rancio y sintió que el diafragma se le elevaba con un espasmo de desagrado. El miedo y la desdicha ya le habían dado la sensación de comerse el corazón y entonces aquel olor, aquel asqueroso olor, señal de que el local estaba lleno de microbios... «¡Apesta a microbios!» Oyó la voz de ella... que siempre cambiaba cuando hablaba de microbios, se volvía diferente, como si fue-

ra otra persona quien lo hacía. En momentos normales, cuando no estaba irritada, sonaba tan suave y algo perezosa... con una pereza risueña o también cansada. Los microbios la volvían de repente feroz y al mismo tiempo asustada. «Siempre que haya mal olor en el ambiente, escupe», le había dicho ella. «Podría haber microbios del tifus en el aire». Al recordar aquellas palabras, la boca se le llenó de agua, pero, ¿cómo iba a poder escupir allí, en la iglesia? No quedaba más remedio que tragarse el escupitajo. Se estremeció al hacerlo, atemorizado y asqueado. ¿Y si le entraban náuseas en aquel lugar vomitivo? La aprensión las intensificó. ¿Y qué se debía hacer durante el oficio? Nunca había estado en un funeral.

James Beavis miró su reloj. Dentro de tres minutos estaba previsto que comenzara la farsa. ¿Por que no había insistido John en un funeral sin ropa de etiqueta? La pobre Maisie nunca había concedido demasiada importancia a eso. Era una mujercita tonta, pero nunca religiosamente boba. Su tontería había sido siempre la simplemente profana, propia de la mera frivolidad femenina. La tontería de leer novelas en sofás, alternando con la de las reuniones para tomar el té, las comidas campestres y los bailes. Era increíble que John hubiera soportado esas idioteces... ¡que hubiese parecido incluso que le gustaban! Mujeres cacareando como gallinas en torno a la mesa del té. James Beavis frunció el ceño con desdén irritado. Detestaba a las mujeres... le repugnaban. Todos esos blandos abultamientos de sus cuerpos, horribles, y la estupidez, la insensatez, pero, de todos modos, la pobre Maisie nunca había sido una de esas beatas. La culpa era de sus espantosos familiares. Había deanes en su familia... deanes y deanas. John, con su poco carácter, no había querido ofenderlos. Había que ser ofensivo por principio.

Sonó el órgano. Una pequeña procesión de sobrepellices entró por la puerta abierta. Algunos hombres llevaban lo que parecía una gran masa de flores. Hubo cánticos y después se hizo el silencio y luego el clérigo, con una voz extraordinaria, comenzó: «Aquí tenemos al Cristo resucitado de entre los muertos», y pro-

siguió con profusión: que si Dios, que si la muerte y las fieras de Éfeso y el cuerpo natural, pero Anthony apenas oía, porque sólo podía pensar en esos microbios que seguían allí, pese al olor de las flores, y en la saliva que no cesaba de acudirle a la boca y había de tragarse, pese al tifus y la gripe, y en aquella horrible sensación de náusea en el estómago. ¿Cuánto duraría?

«Como una cabra», dijo para sí James Beavis, mientras escuchaba el cántico procedente del atril. Volvió a mirar al joven yerno de los Champernowne. ¿Anderton, Abdy...? ¡Qué perfil tan clásico y elegante!

Su hermano estaba sentado con la cabeza gacha y una mano sobre los ojos, mientras pensaba en las cenizas dentro del cofre ahí, junto a las flores... las cenizas que habían sido el cuerpo de ella.

El oficio acabó por fin. «¡Gracias a Dios!», pensó Anthony, mientras escupía subrepticamente en su pañuelo y lo plegaba y se metía los microbios en el bolsillo. «¡Gracias a Dios!» No había llegado a vomitar. Siguió a su padre hasta la puerta y, al salir de la penumbra, respiró, extasiado, el aire puro. Aún brillaba el Sol. Miró en derredor y al pálido cielo. Por encima, en la torre de la iglesia, un repentino croar de grajos fue como el sonido de una piedra lanzada de refilón a un estanque helado y que se alejara resbalando con la reiteración de un tintineo cristalino por el hielo.

«Pero, Anthony, no debes tirar piedras al hielo», le había dicho desde lejos su madre. «Se hielan y después los patinadores...»

Recordó cómo había acudido hasta él deslizándose sobre un pie... volando -había pensado él- como una gaviota, vestida toda ella de blanco, preciosa, y ahora... Volvieron a saltársele las lágrimas, pero, oh, ¿por qué había insistido en que intentara patinar?

«No quiero», le había dicho él y, cuando ella le preguntó por qué, había sido imposible explicárselo. Temía que se rieran de él, desde luego. La gente hacía el ridículo de un modo... pero, ¿cómo iba a poder decirle eso? Al final, había llorado... delante de todo el mundo. No habría podido ser peor. Casi la había aborrecido

aquella mañana y ahora estaba muerta y allí arriba, en la torre, los grajos estaban tirando piedras al hielo del último invierno.

Ahora estaban junto a la tumba. Una vez más, el Sr. Beavis apretó la mano de su hijo. Intentaba adelantarse al efecto en el ánimo del niño de esos últimos y más dolorosos momentos.

«Ten valor», le susurró, con lo que se dirigió tanto a sí mismo como al niño.

Tras asomarse, Anthony miró el hoyo. Parecía extraordinariamente profundo. Se estremeció, cerró los ojos y ahí la tenía al instante, volando hacia él, blanca, como una gaviota, y blanca también con el vestido de noche de raso, cuando iba a darle las buenas noches antes de salir a cenar fuera de casa, con aquel aroma que exhalaba cuando se inclinaba sobre su cama y el frío de sus brazos desnudos. «Eres como un gato», solía decirle cuando él le rozaba los brazos con la mejilla. «¿Por qué no ronroneas, ya que estás?»

«En cualquier caso», pensó el tío James con satisfacción, «se ha mostrado firme sobre la incineración». A ese respecto, los cristianos no habían podido salirse con la suya. ¡La resurrección del cuerpo! ¡Había que ver! ¡En 1902 d.C!

Cuando llegara su hora -pensaba John Beavis- allí era donde sería él enterrado, en aquella misma tumba, con sus cenizas junto a las de ella.

El clérigo volvía a hablar con aquella extraordinaria voz. «Conocéis, Señor, el secreto de nuestros corazones...» Anthony abrió los ojos. Dos hombres estaban bajando la cajita de terracota, apenas mayor que una lata de gallegas. La caja tocó el fondo y alzaron las cuerdas.

«La tierra vuelve a la tierra», baló la voz como de cabra; «las cenizas, a las cenizas».

«Mis cenizas con las tuyas», pensó John Beavis, «mezcladas».

Y de repente recordó aquella vez en Roma, un año después de que se casaran, aquellas noches de junio y las luciérnagas, bajo los árboles, en los jardines de Doria, como estrellas que hubieran enloquecido.

«¿Quién cambiará nuestro vil cuerpo para que sea como Su cuerpo glorioso...?»

«Vil, ¿vil?» Su propia alma protestó.

Cayó una paletada de tierra y después otra. La caja estaba ya casi cubierta. Era tan pequeña, tan espantosa e inesperadamente diminuta... la imagen de aquel enorme buey, aquella taza de té minúscula, acudió a la imaginación de Anthony. Acudió, obscena, y no se dejó exorcizar. Los grajos volvieron a croar en la torre. Como una gaviota había volado ella hacía él, preciosa, pero el buey seguía allí, aún en su taza de té, aún vil y detestable, y él mismo aún más vil y odioso.

John Beavis soltó la mano que había sostenido y, tras rodear con el brazo los hombros del niño, apretó el delgado cuerpecito contra el suyo... cada vez más, hasta sentir en su propia carne los sollozos que lo sacudían.

«¡Pobre niño! ¡Pobre huerfanito!»